

CONTAMINACION QUIMICA

¿HAY REALMENTE MOTIVOS PARA PREOCUPARSE?

JORGE SARMIENTO GAONA

Ingeniero Sanitario, Universidad del Valle MSc Ambiental, University of North Carolina, Asesor Ministro Salud. Reglamentación Ley 09/79. Profesor Universidad del Valle - ICESI.

"El público general, o por lo menos la prensa general, de la que se supone que refleja los puntos de vista el público general, suele manifestar inquietudes acerca de la presencia de residuos de plaguicidas en los alimentos. ¿Hay aquí, realmente, un problema?"

Esta pregunta retórica, tomada de un Boletín reciente del Grupo Internacional de Asociaciones Nacionales de Fabricantes de Productos Agroquímicos, es un ejemplo característico de una queja que se deja oír con frecuencia, según la cual la prensa general exagera cuando escribe acerca de la contaminación química, con lo que induce a error al público general, que no comprende las complicadas cuestiones científicas y técnicas que están en juego. Se añade que esta acción suscita además miedo injustificado e hiperreacciones emocionales entre el público, con lo que se oponen obstáculos al progreso de la industria y de la sociedad. Entre tanto, la respuesta a la pregunta mencionada figura en otro lugar del mismo Boletín, donde se dice: "A la pregunta: '¿Es-

tamos envenenando los mismos artículos alimentarios que tratamos de proteger?', la respuesta es un rotundo 'No'."

¿No hay, pues, razones para preocuparse? Pero, ¿cómo puede saberlo el público general? ¿Cómo puede comprender el público general las complicadas cuestiones de toxicidad y transformación ambiental de los plaguicidas, de evaluación de los riesgos y establecimiento de ingestas diarias admisibles, o de factores de seguridad, etc? Por ejemplo, ¿cómo puede evaluar la declaración citada en relación con un reciente estudio efectuado por un organismo tan prestigioso como el Consejo Nacional de Investigaciones de los Estados Unidos de América, en el que se informa que de los 3.350 plaguicidas e ingredientes inertes de los preparados plaguicidas que se encuentran en el mercado en los Estados Unidos, sólo fue posible evaluar completamente los riesgos que presentan para la salud en un 10% de los casos, a causa de la escasez de datos sobre toxicidad? Y aun que es cierto que "se

dispone de muchísima más información sobre toxicidad de la que el grupo de estudio tuvo a su disposición", como se asegura que ha declarado un portavoz de la industria; ¿han de bastar esas palabras tranquilizadoras para calmar las inquietudes del público general?

Tomemos otro ejemplo. Recientemente, en varios países, entre ellos la República Federal de Alemania, produjo vivas reacciones la revelación contenida en un informe sobre la presencia de formaldehído en el interior de algunas escuelas, a veces en concentraciones inquietantes, a causa de su presencia en un número considerable de materiales de construcción y aislamiento. Al parecer se han registrado numerosas quejas sobre niños que pasan horas durante el año escolar en el interior de edificios en los que, en aras a la conservación de la energía, a veces la circulación de aire puro es muy limitada. El formaldehído es uno de los productos químicos "antiguos" que han sido investigados más a fondo; es bien sabido que causa irritaciones y sensibilización a niveles muy bajos de exposición, y se ha comprobado que es carcinógeno para los animales. ¿Cómo podrían los preocupados padres de esos niños evaluar esta información en relación con un debate reciente sobre los riesgos para la salud que supone la exposición al formaldehído y que tuvo lugar en los Estados Unidos, donde eminentes científicos no pudieron llegar a un consenso, resultado que muy probablemente ha de demorar más aún la adopción de una medida de reglamentación que tantas personas desean?

Considérese también por un momento el emotivo problema del cáncer humano y de la posible función de los productos químicos presentes en el medio ambiente y de la contaminación industrial en la etiología del cáncer. Los informes científicos sobre los efectos relativos de esos agentes, que han sido muy difundidos por la prensa, presentan grandes variaciones, y si hace unos diez años se consideraban muy importantes actualmente se estiman de mucha menor trascendencia. El hábito de fumar, la dieta y otros factores del estilo de vida han pasado a ser actualmente las causas de tumores malignos en los seres humanos citadas con más frecuencia, y una vez más, el asunto ha pasado a ser objeto de acalorados debates entre hombres de ciencia, industriales y expertos de los gobiernos. ¿Cómo puede el público general comprender esta controver-

sia, en particular cuando se le está diciendo actualmente que las concentraciones de muchos productos químicos que se encuentran naturalmente en los alimentos son posiblemente mucho más peligrosas que las de los residuos procedentes de los plaguicidas artificiales?

¿Qué decir igualmente del grado de conciencia de todos estos hechos que puede tener el público general de los países en desarrollo, donde muchas personas apenas empiezan a entrar en contacto con la problemática de los riesgos causados por productos químicos? ¿Quién puede hacer entender a este público que no es forzosamente mejor disponer de un mayor número de plaguicidas contra las plagas o para la lucha contra los mosquitos?

¿Quién va a explicarle que no debería utilizar esos productos "milagrosos" para atrapar pescado, o los envases de esos productos para ir a buscar agua para beber?

Es evidente que en nuestra manera de explicar al público general los riesgos procedentes de los productos químicos debemos haber incurrido en algún error terrible.

¿Acaso los gobiernos han hecho bastante para explicar a la población en un lenguaje comprensible que un medio ambiente exento de riesgos no existe, y, lo que es más, no ha existido jamás? ¿Han explicado suficientemente que el proceso de evaluación de los riesgos, que es un acto de ciencia, es algo muy distinto de la gestión de los riesgos, en la que intervienen además consideraciones socioeconómicas y políticas? ¿Tiene acceso el público general a esa información explicativa y a los documentos preparados por las autoridades nacionales?

¿Qué ha hecho la industria al respecto? ¿Ha suministrado información equilibrada e imparcial sobre la inocuidad de sus productos? ¿Ha retirado del mercado sus productos peligrosos e ineficaces? ¿Ha hecho todo lo posible para instruir a los consumidores sobre la manera más inocua y juiciosa de utilizar los productos?

¿Y qué decir de los especialistas? ¿Se han dado cuenta de cuál es su función como miembros del público general? ¿Han explicado alguna vez que no existe ningún

producto químico, natural o artificial, totalmente exento de riesgos en todas las condiciones posibles?

William D. Ruckelshaus, ex administrador de la Agencia para la Protección del Medio Ambiente, de los Estados Unidos de América, formuló una interesante declaración sobre esta cuestión, al decir: "... para abordar de manera eficaz el problema de los riesgos, debemos buscar nuevas maneras de conseguir que el público participe en el proceso de adopción de decisiones.

Creemos o no en la democracia, esta participación forma parte de nuestro tejido social de reglamentación. Más que lanzar elo-

gios o lamentaciones sobre este hecho, lo que debemos hacer es imaginar procedimientos de los diversos segmentos del público afectados por la sustancia de que se trata. Es necesario que participen cuanto antes, y es necesario que se les informe para que su participación tenga sentido. No cesaremos en nuestro empeño por mejorar nuestra labor en el proceso de participación." Declaraciones como ésta son alentadoras, y sería magnífico que la experiencia y los datos relacionados con la gestión de los riesgos químicos pudieran ser conocidos entre las naciones del mundo por mediación de los programas internacionales que existen actualmente para el intercambio de información.